

PRESENTACIÓN

Hace 42 años se publicó *La revolución interrumpida* (1971), uno de los trabajos más resonantes de la historiografía de la Revolución Mexicana. Esta obra fue creada por Adolfo Gilly cuando estaba preso por su activismo político en la oscura cárcel de Lecumberri de la ciudad de México. El meollo del libro fue establecer cómo un intento revolucionario que modificara sustancialmente las condiciones de explotación e injusticia, emprendido por milicianos y campesinos despojados de su tierra y con un alto sentido de dignidad, fue parado, que no apagado, por la institucionalización de ese cambio por élites militares y políticas que se recrearon y fortalecieron en torno al Estado posrevolucionario. Desde ese trabajo, Gilly mantiene la preocupación por explorar las profundas y contradictorias motivaciones y estrategias de los subordinados para modificar la historia de su dominación. En este número juntamos, bajo el título “Mario Payeras: memoria y revolución”, por primera vez, tres trabajos que versan sobre el comandante guerrillero guatemalteco, fallecido en México en 1998. Estos textos fueron escritos por Gilly en diferentes momentos y circunstancias como una brillante manera de pensar la dimensión ética de una mente extraordinaria que se enlazó al destino de otros hombres y mujeres para cambiar la situación de desmedida violencia del Estado guatemalteco en la última etapa de la Guerra Fría. Las vicisitudes y vacilaciones de Payeras son exploradas por Gilly como una forma de entender lo que parece incomprensible en torno a justificar la guerrilla como una manera primera de ruptura con un orden de poder aplastante que desató un genocidio con más de 100 mil víctimas.

A este tríptico le siguen las publicaciones de habituales colaboradores de la revista que versan sobre distintos tópicos, cada uno de ellos interesantes por sí mismos. Pedro F. Hernández explora las conexiones entre la energía material y la inmaterial para comprender, desde una perspectiva más amplia, aquello que consideramos el dominio de lo fenomenológico. José Antonio Alonso examina qué significa el Vaticano como Estado. Ante la retórica universal que acompaña la construcción liberal de éste, con sus diversas formas, rutinas y rituales, el Estado Vaticano sigue ante nuestros ojos como un resabio de lo que fueron las estructuras monárquicas del antiguo régimen. Fernando Matamoros, por su parte, da continuidad a una serie de reflexiones que hace en otros trabajos sobre los contenidos humanos/rebeldes que difícilmente son atrapados por el canon positivista de la historia y la política formal.

En la sección “Documentos” incluimos dos escritos que son muestra de la manifestación de descontento entre grupos que pretendidamente sus vidas se encuentran normalizadas por la administración estatal, regidas por poderes globalizantes. El primero, elaborado por Pierre Beaucage, se refiere a los Attawapiskat; éstos intentan ir más allá de reducir su política al marco de acción que estatalmente brinda la categoría de identidad étnica, por tanto han comenzado una de las que, con seguridad, serán muchas batallas para desafiar la política multicultural del gobierno conservador canadiense. El segundo es el manifiesto de sociólogos alemanes, el cual ha circulado sobre todo en la red, en donde instan a renunciar al cumplimiento de tareas estandarizadas –los famosos sistemas clasificatorios o de “puntajes” que califican a los “buenos” y “malos” académicos–, en las que en general ha devenido el trabajo de enseñanza e investigación, que aseguren llegar al ideal de eficiencia marcado por la racionalidad de la sociedades liberales de nuestros días. Obviamente, integrar dichos mensajes en nuestra revista tiene la finalidad de provocar emulaciones en los lugares donde esto sea posible.

En la sección “Avances de investigación” aparece el ensayo “Lo ‘público ausente’: patrimonialismo y lucha social. Democratización social y formas de lo político en Puebla”, elaborado por Raquel Gutiérrez, Gladys Tzul, Sergio Pérez y Cecilia Maldonado. Se trata de un trabajo que a través de

un concepto novedoso busca revisar las entreveradas formas de dominio y lucha desde abajo que caracterizan la formación del Estado mexicano. Pone como acento aquello que la figura del “avilacamachismo”, surgido por las acciones de Maximino Ávila Camacho, representó para el cercamiento de formas de política propias en espacios públicos y colectivos.

Cerramos este número con la reseña de Eduardo Bautista sobre el libro de Arturo Anguiano (2010), *El ocaso interminable...* un texto muy acorde para complementar el trabajo sobre “Lo público ausente...”.

No queremos dejar de presumir, con la modestia debida si es que eso existe, que llegamos a los 20 números. En ocasiones, un nuevo ejemplar sale puntual, aunque la mayoría de las veces no es así debido a muchas razones. Esto último no es un orgullo, pero sin duda es un rasgo que se comparte con la mayoría de las revistas en el mundo universitario que tienen exiguos recursos para esta finalidad. No obstante, consideramos que nuestra veintena de números sí son muchos. Tal vez porque los hemos hecho con trabajo extra y el compromiso de desinteresados colegas que aportan sus textos y dictámenes. Juntando esos esfuerzos con fondos monetarios propios asignados institucionalmente a nuestro Posgrado, editamos esta revista gratuita, cuyo mejor canal de distribución es de *mano en mano* y las presentaciones en público. Además nos esforzamos, con los costos que esto implica, en enviar ejemplares a distintos lugares, provocándose con éstos un intercambio con sus propias publicaciones, las cuales, dicho sea de paso, enriquecen el acervo de la gran biblioteca de nuestro instituto.

Bajo el Volcán nació con un perfil diferente a publicaciones sociológicas o de ciencias sociales comprometidas con cumplir con moldes académicos de rigurosidad científica y agendas temáticas sobre aquello que está en boga en el pensamiento social. De ahí que la preocupación inicial de sus fundadores, muchos de los cuales afortunadamente continúan colaborando en la revista, fue considerarla un medio de expresión crítica que revelara las facetas oprobiosas del capitalismo y, al mismo tiempo, diera cabida a pensar cómo transformar el mundo. Ante estas razones, el espíritu humanista que persigue nuestro propósito general busca combinarse con la

construcción de una idea de rigor fundada en el despliegue de argumentos y enfoques sólidos que contengan los trabajos que aquí se publican.

Pierre Bourdieu dijo, alguna vez, que en las ciencias sociales nada es accidental. Por el año en que salió el primer número de *Bajo el Volcán*, 2002, nuevas manifestaciones imperiales se expandieron de la firme mano de la lógica económica y política que significa el neoliberalismo. El fatídico 11 de septiembre de 2001 (el ataque a las Torres Gemelas y otros sitios políticos estratégicos de Estados Unidos) puso de relieve la violencia extrema que se puede generar en un mundo de amplias contradicciones. A partir de ese hecho, muchos filósofos y científicos políticos consideraron que las posibilidades de existir en el mundo se reducían a la sumisión a la violencia de poderes estructurales, lo cual creaba seres cada vez más desprotegidos de derechos y libertades. Se ha sugerido entonces que el manto de la ideología oculta lo inimaginable a costa de crear personas manejables. ¿Sólo podemos referirnos al sujeto por su dominación? En los diferentes números de la revista *Bajo el Volcán* nos negamos a aceptar esa premisa. Compartimos un optimismo cada vez más revitalizado por los desafíos surgidos de gente real contra esa lógica destructora del capital.

Tenemos claro que los poderes dominantes son cada vez más complejos y las formas de enfrentarlos, por parte de las personas que luchan, con sus victorias y derrotas, son lecciones que también se acumulan para crear mundos más dignos. Desde diez años atrás o más, hasta hoy, definitivamente todos nosotros no somos los mismos. Las experiencias de lucha en algún lugar de Centroamérica, México, América del Sur, Grecia, España, Estados Unidos, África y el Medio Oriente nos dicen que hay cosas que se comparten, tanto en términos de estructuras y fuerzas destructoras como en sueños diurnos desatados que otrora fueron llamados utopías.

El Comité de Dirección